

UN IDEAL OLVIDADO

Por

A D O L F O D E H O S T O S

HACE alrededor de ochenta años que un humanista español, nacido en Puerto Rico, Eugenio María de Hostos, propuso, en esta ciudad de Madrid, la federación de España y de los Estados independientes de América de origen español.

Por adelantarse a su tiempo, el pensamiento de Hostos se perdió en el vacío. No era el momento para la visión serena, mucho menos para concertar entendidos entre parientes recién conciliados. Las reverberaciones de la sacudida revolucionaria mantenían aún encendidas las pasiones violentas. Pueblos en formación iban pasando, en desigual progreso, de la anarquía a una noción vacilante de los derechos civiles y de las altas conveniencias de la vida organizada.

En mala hora se perdió en el clamoreo pasional, que es el politiquero a la americana, la voz del pensador portorriqueño. Ella expresaba tan genuino amor a España y a la América española, que mal podía un tan elevado sentimiento inspirar torpes pensamientos. Todo noble ideal refleja un perfecto acuerdo entre el corazón y el cerebro.

Los pueblos hispánicos seguían respondiendo al tenue impulso gregario que alentaba en ellos la consanguinidad con estériles lirismos. "¡Madre colonizadora!", suspiraban los de allá. "¡Recordad la epopeya cristianizadora!", insinuaban los de acá. Suspiros, insinuaciones: meras variantes de una indefinida aspiración

* * *

Transcurrido más de un siglo después de la separación de las colonias de América, bien podemos preguntarnos si la disgregación de la familia española ha dado los frutos que la lógica hubiera podido esperar de la federación. ¿Qué se hubiera logrado con ésta? Adivinémoslo: una ciudadanía común para todos sus componentes; es decir, puertas abiertas a la iniciativa individual de los españoles de ambos Mundos en la obra del engrandecimiento de la raza; estructurar una economía federal, o lo que tanto vale, sujetar a ciertas normas económicas cada uno de los componentes, con miras al interés y la prosperidad de la comunidad de naciones: la unidad del pensamiento hispánico a través de legislación oportuna en materia educativa, cultural y religiosa. Como un ejército bien organizado, las legiones españolas estarían en aptitud de ocupar sus puestos en las trincheras de la civilización—en esta hora crucial de la Humanidad—frente a las otras grandes familias étnicas que se disputan el derecho a la felicidad.

* * *

¿Tiene aún actualidad aquella proposición del humanista antillano?

Nadie negará que el ideal liberal va triunfando en el mundo. Nadie negará que su triunfo significa una más estrecha unión de los hombres. El actual progreso científico es otro potente factor asociador. La ciencia ha convertido en vecinos a los pueblos de la tierra. Nuevas energías que acaban de ponerse al servicio del hombre nos acercarán aún más. La extrema facilidad para efectuar los contactos humanos nos lleva hacia la comunidad de intereses de todo género. A pesar de nosotros mismos, marchamos hacia la confraternidad. Será por grupos raciales primero. Ahí está nuestra oportunidad.

Ya existe, por razón de la susodicha consanguinidad en primer grado, la comunidad de intereses intelectuales, psicológicos y espirituales en los miembros de nuestra familia hispánica. ¿No sería la federación el medio político de mantenerlos en el fecundo contacto que les permitiría realizar su evidente destino colectivo?

¿Hemos de permitir, cruzados de brazos, que se esterilicen en el presente estado de dispersión nuestros fermentos morales, siendo, como son éstos, susceptibles de convertirse en las fuerzas constructivas por excelencia de nuestra civilización hispánica?



Recepción en La Granja, ofrecida por S. E. el Jefe del Estado español en honor del Gobierno y Cuerpo diplomático.—El Generalísimo Franco, con la señora de Martín Artajo, seguidos de doña Carmen Polo de Franco, con el señor ministro de Asuntos Exteriores.



Un momento de la recepción en los jardines de La Granja.



Recepción en la Embajada de España, en Río de Janeiro.